

preliminar; y no habló sino dos o tres veces. En la ceremonia de la degradación eclesiástica, el prelado que oficiaba tropezó sobre su texto y concluyó con estas palabras: Os separo de la Iglesia militante y triunfante; Savonarola lo corrigió: De la Iglesia militante, no de la triunfante; eso no está en vuestro poder». «Cuando el nudo se deslizaba en torno de su cuello, una voz gritó: Es la ocasión, Profeta, de hacer un milagro. Oyó esas palabras y no oyó más. Fué alzado hasta la horca y, en seguida, en el aire, un harapo convulso... En el cuerpo en agonía, las últimas sensaciones—la tensión del cuello roto, la hinchazón reptiliana de la lengua, el furioso batir del corazón—cesaron; el prisionero se había librado de la vida».

Así terminó su existencia afebrada y apasionante Jerónimo Savonarola, el moralista, el virtuoso immoderado, el que supo tirarles la verdad cara a cara a los poderosos de su tiempo.

Antes de terminar debemos decir que conocíamos varias obras sobre el fraile dominico, de P. Vilari, de A. Galleti y otros. Ninguna más acertada, más penetrante en el análisis psicológico, en la restauración de la atmósfera en que vivió el personaje que la de Raplf Roeder, cuya biografía novelada es una de las mejores que hemos leído últimamente.—A. T.



LAS DOS FUNDACIONES DE BUENOS AIRES, por *Enrique Larreta*.

El autor de la célebre obra «La Gloria de don Ramiro», no ha sido escritor fecundo. Puede decirse que toda su labor literaria se compone de tres o cuatro volúmenes: dos novelas y algunos cuentos, unos pocos discursos y esta obra de breves pero hondas páginas que se llama «Las dos Fundaciones de Buenos Aires» (1), y en la que el estilo y el contenido parecen aprisio-

(1) Librería Anaconda. Buenos Aires.

nados en un pomo de rica fulgencia. Enrique Larreta, hombre de tradición, Ministro un tiempo de su patria en París, compuso una de las obras más admirables de la novelística hispana. La Gloria de don Ramiro, pudo ser la mejor obra de reconstrucción histórica española, y por un azar del destino, fué escrita por un sudamericano. Creo que por la vez primera, España sintió en carne propia el amargo escozor de esta revancha literaria, en que América, la tierra conquistada, se volvía tierra de conquistadores. Remy de Gourmont, de los más altos críticos franceses, tradujo al idioma de Molière, la plasticidad y el recamado profundo de ese estilo en que Rodríguez Larreta plasmó las andanzas del infante don Ramiro, y grabó en agua fuerte la visión de Avila de los Caballeros, la ciudad de Santa Teresa. El elogio de Gourmont no era interesado, porque de sobra se sabe qué prodigio de independencia crítica había en el espíritu de ese monje laico, disociador único de ideas y autoridad indiscutida en Francia.

Ha pasado el tiempo. Después de la Gloria de don Ramiro, *Zogoybi*, novela de la pampa, inferior a la primera, publicada a corta distancia de don Segundo Sombra, la bella expresión estilizada del gaucho. No porque una parezca complemento de la otra, no porque una se haya reflejado en otra. Nada tiene eso que ver con la potencialidad de ambas novelas. *Zogoybi* tenía que luchar contra La Gloria de don Ramiro, y le faltó peso para competir con esa novela magnífica, hija del mismo padre. La Gloria se había llevado toda la gloria y *Zogoybi* aparecía desmedrada. Y es, sin embargo, novela de firme pasta, drama y pasión de la pampa.

«Las dos fundaciones de Buenos Aires», entra en el dominio tan grato a Larreta. Es evocación y es reconstrucción. Es el estilo limpio, sobrio, con sabor a cosa arcaica. Es tan breve como un poema, pero lleno todo con el hondo misterio que fué la obra heroica de los conquistadores en la ribera del gran río como mar. Es la primera sensación artística que la literatura argentina con-

cibe de la fundación de Buenos Aires. Los primeros cuadros vivos, evocados por la magia de un estilista que es a la vez un animador de la historia. No hay en este libro de ochenta páginas —maravilla de síntesis— ni ramazón ni yerbazal copiosos, ni vana retórica. Los cuadros pasan con la ligereza profunda que es el secreto de las páginas maestras. Relatan la tragedia de los fundadores, sus excursiones por el río arriba en demanda de las ciudades aurcas que se dice decoraban las riberas del Paraná Guazu. Nunca ciudad alguna de América fué fundada en medio de un territorio más hostil. «Aquí la tierra—dice Larreta—defendióse con fiereza única. Los naturales no se dejaron intimidar como en otras partes, por la novedad del caballo (vocación misteriosa), ni por el trueno de la pólvora». «Esta comarca, prosigue Larreta, que había de ser un día dehesa del mundo, acabó por arrojar de sí a los primeros conquistadores con el flagelo del hambre». Este drama espantoso no fué conocido en México ni Perú. La tierra plana estaba cercada por los indios, y hasta larga distancia la alimentación era difícil e imposible. Los soldados famélicos, según el relato del alemán Schmidel, cortaban los muslos de los ajusticiados para comerlos.

Destruída la armada del adelantado don Pedro de Mendoza, el primer fundador, incendiada y borradas de sobre la tierra las viviendas de los conquistadores, Buenos Aires vuelve a surgir más tarde, y esta vez, para siempre, por la nueva fundación de Juan de Garay, que al cabo de cuarenta años, baja de Asunción y planta en la ribera, cerca del Riachuelo, a respetable distancia, para evitar las depredaciones de los piratas, los cimientos de la ciudad definitiva. «Las dos fundaciones—escribe Larreta—tan diferente una de otra, habían de dejarle para siempre a la ciudad doble sello. Su historia sería en adelante conflicto o concierto de esas dos cualidades. Desenfado andaluz, cordura vizcaína».

Bello libro en la evocación de las figuras de los conquistadores, en la decoración del paisaje trazado con sensibilidad honda, y en la sobria elegancia de un estilo magnífico. El autor

de La Gloria de don Ramiro no podía dejar de pintar esta dura tragedia de la conquista en uno de sus episodios más interesantes.—*D. Melfi.*



LOS DERECHOS DE AUTOR Y EL PORVENIR DEL LIBRO CHILENO (1)

Toda nueva idea que traiga luces, o al menos las intente traer, a la cuestión editorial y a los derechos de propiedad intelectual en Chile, debemos juzgarla de una utilidad indudable. Es un problema más arduo de lo que a primera vista se antoja y no tiene una solución tan hacedera como para dejarlo de mano y no preocuparse de él.

Dos encontrados elementos andan trompicándose y ambos son considerables. De un lado, la propiedad intelectual. El respeto que merece, sobre todo cuando se ha protestado por los autores, individual o colectivamente, en contra de su inconsideración. Las circunstancias son sumamente desfavorables en Chile para que se considere la Propiedad Intelectual del mismo modo que se puede mirar en otros países. Lo desarreglado del cambio y la falta de leyes aplicables al caso, favorecen el descrédito de dicha propiedad y el cultivo de la producción literaria y libresca sin andarse en consideraciones con aquella. De otro lado, la llamada necesidad de lectura (muy relativa, si se considera profundamente el influjo de la lectura en el nivel cultural de un pueblo) y la baratura de los precios en las ediciones nacionales con relación a las extranjeras. Desde ahora, poniendo un punto esencial en el comentario, creo que la primera parte pesa más en la balanza. La propiedad intelectual es básica y muy superior a todo lo demás. Sobre todo si se considera el aspecto

(1) Tomas Lago. Los derechos de autor y el porvenir del Libro chileno.—Prensas de la Universidad de Chile.—1934. (32 páginas, en 4.º).